

LA LIBRERA DE TOKIO

KEI AONO

Traducción del japonés:
Blanca Mira



Índice

CAPÍTULO 1.....	9
CAPÍTULO 2	33
CAPÍTULO 3.....	45
CAPÍTULO 4	57
CAPÍTULO 5.....	65
CAPÍTULO 6	87
CAPÍTULO 7.....	101
CAPÍTULO 8	113
CAPÍTULO 9	121
CAPÍTULO 10.....	133
CAPÍTULO 11.....	141
CAPÍTULO 12	153
CAPÍTULO 13	167
CAPÍTULO 14.....	177
CAPÍTULO 15	189
CAPÍTULO 16.....	203
CAPÍTULO 17	213
CAPÍTULO 18	221
CAPÍTULO 19.....	231
CAPÍTULO 20	241
CAPÍTULO 21	249

CAPÍTULO 22..... 261

CAPÍTULO 23..... 269

CAPÍTULO 24..... 279

CAPÍTULO 25..... 285

CAPÍTULO 26..... 299

CAPÍTULO I

El elenco sobre el escenario cambió; parecía que iba a comenzar una actuación musical. El maestro de ceremonias anunció que se trataba de un regalo de los amigos de la universidad del novio. Los músicos empezaron a afinar guitarras y bajos allí mismo. De pronto, uno de los integrantes de la banda arrastró por la fuerza a Nobumitsu Obata, el novio, hacia el escenario. Al parecer, la intención era que cantara. Nobumitsu fingió resistirse al principio, pero ante la insistencia de los presentes, avanzó a regañadientes hacia el micro. Sin embargo, su desgana era pura fachada: se le notaba en la cara que le hacía mucha ilusión. Estaba claro que confiaba en su voz. En cuanto empuñó el micrófono, empezó a calentar con unos potentes «ah, ah». Se le veía totalmente entregado.

—Y ahora, el novio va a dedicarle a la novia el tema «Winding Road», de Ayaka y Kobukuro —anunció un miembro de la banda.

—¡Venga ya! ¿Esa precisamente? —protestó el novio.

Al parecer, no habían acordado nada de antemano con él.

—Yo solo no puedo cantarla.

Como si hubieran estado esperando esas palabras, los amigos de su época de estudiante rodearon a la novia, Aki Kitamura, e intentaron subirla al escenario. La canción que

habían elegido era para un dúo, así que estaba claro que el plan de los amigos de Nobumitsu siempre había sido que la pareja cantara unida. Pero Aki negó con la cabeza con energía. Lo suyo no era fachada: estaba pasándolo mal de verdad. Por mucho que sus amigos intentaran convencerla, se quedó clavada en el sitio, toda tensa. Ante la tardanza, el murmullo en la sala empezó a crecer. Sin más remedio, Nobumitsu bajó del escenario, se acercó a ella y apoyó las manos sobre sus hombros. El maestro de ceremonias se aproximó también a ella y le susurró algo al oído. Tras escucharlo, Aki pareció resignarse y subió finalmente al escenario.

«Vaya, ¿de verdad va a hacerla cantar? Esto promete», pensó Riko Nishioka.

Riko, que hasta ese momento charlaba animadamente con un comercial al que conocía sobre libros electrónicos, interrumpió la conversación para centrar su atención en el escenario. El restaurante italiano reservado para el banquete de bodas estaba a rebosar; probablemente habría más de cien invitados. Dado que el novio era editor de manga en la prestigiosa editorial Hitotsuboshi y la novia era la librería estrella de la cadena Pegasus, el local estaba lleno de profesionales del sector. Algunos, ignorando lo que ocurría en el escenario, aprovechaban para intercambiar tarjetas con entusiasmo.

«Qué ansia, incluso en un momento así. Ni que fuera una fiesta de la editorial... Podrían cortarse un poco en una celebración. Seguro que piensan que, ya que han pagado el sobre del regalo de bodas, tienen que amortizarlo ampliando su red de contactos», pensaba Riko.

Riko era la jefa directa de Aki, es decir, la subdirectora de la sucursal de Pegasus en Kichijōji. Entregada por completo a su trabajo, seguía soltera a sus cuarenta años. Con sus rasgos finos e intelectuales, aparentaba al menos cinco años menos.

Hoy lucía un vestido elegante color vino tinto, de corte impecable, que realizaba su excelente figura.

—Qué guapa estás hoy, Riko. Siempre lo estás, pero hoy tienes un brillo especial —le soltó un comercial que pasaba por su lado, con un cumplido de esos que resultan algo empalagosos.

—Gracias, Ashida. Me hace ilusión que me lo digas —respondió ella con su mejor sonrisa profesional.

El hombre pareció sentirse halagado.

«Cielo santo, espero que no crea que lo digo en serio. No soy tan ingenua como para creermelo cualquier halago a estas alturas. Sonreír también es parte del oficio, al fin y al cabo».

Pero, claro, no era tan honesta como para decírselo a la cara. Riko se permitía esos sarcasmos para sus adentros.

Sobre el escenario, el teclista marcó la nota de entrada para guiar a Aki. Al oír el tono, el murmullo de los invitados se fue apagando. Bajo la mirada expectante de todos los presentes, Aki apretó el micrófono con determinación. Tomó aire profundamente y entonó la primera frase:

—Al final de este camino sinuoso... nos aguardan pequeños destellos de luz...

Al oírla, una librera que estaba junto a Riko soltó una risita y se tapó la boca a toda prisa. El comercial que tenían enfrente se atragantó con un trozo de pollo frito y empezó a toser con fuerza. Desafinaba de forma estrepitosa. Como el inicio era a capela, no había forma de ocultar el desastre.

—Aunque estén lejos y no pueda verlos... paso a paso... continuaré creyendo en su estela...

En ese punto entró el acompañamiento musical, con un volumen suave para no tapar su voz. Sin embargo, ni con el respaldo de los instrumentos dejaba de desafinar. Los músicos de la banda se miraban entre ellos con cara de «tierra, trágame». Pensaban que un poco de falta de oído tendría su

gracia, pero no esperaban semejante nivel de sordera musical. El propio maestro de ceremonias se quedó con la boca abierta, estupefacto. Sin embargo, el público se lo estaba pasando en grande.

—Vaya, así que Aki también tenía un punto débil. Quién lo iba a decir.

—Ahora entiendo por qué siempre rechaza las invitaciones al karaoke. Y con razón no quería subir al escenario.

Conteniendo la risa, todos los presentes clavaron la vista en el escenario. Dejaron de intercambiar tarjetas. Riko también hacía esfuerzos sobrehumanos por no reírse; más que el canto de Aki en sí, le hacía gracia el desconcierto de los que la rodeaban.

«Al menos podrían haber investigado si cantaba bien o no. Se suponía que era un número para mostrar lo bien que se llevan los novios, y al final están poniendo en evidencia a la pobre», pensaba.

Pese a todo, Aki estaba radiante sobre el escenario. Siempre había sido una mujer hermosa, pero vestida de novia desprendía un aura especial. Llevaba un vestido de boda corto, más informal que el del banquete, que dejaba a la vista sus piernas largas y con estilo, así como la elegante línea del cuello y de sus hombros. Con las mejillas sonrosadas y sus largas pestañas bajas por la vergüenza, destilaba una feminidad serena y cautivadora. Era una imagen que fascinaría a cualquier hombre. Siempre y cuando no la escuchara cantar.

—Con una amabilidad tan grande... que no se deja vencer por nada...

Era el triste patrón típico de quien no tiene oído: cuanto más en serio se lo toma, más se desafina. Pero entonces, Nobumitsu, el novio, salió al rescate. Aki le miró, implorando ayuda, y él le devolvió una mirada que decía «déjalo en mis manos».

—Aunque estén lejos y no pueda verlos, paso a paso, continuaré creyendo en su estela...

«Canta bien», pensaron todos. Nobumitsu tenía una voz magnífica y una afinación perfecta. Guiada por su canto, la voz de Aki empezó, poco a poco, a encontrar su sitio.

—Más que en aquel ayer del que huíamos... en las lágrimas vertidas hoy al chocar el uno con el otro...

Mirándose fijamente, ambos se esforzaban por unir sus voces. Los invitados, que al principio observaban entre risas, fueron cambiando el gesto a medida que avanzaba la escena. Al sentir la dulce complicidad que fluía entre los dos, las burlas se transformaron en miradas de ternura.

«Venga ya, si al final les ha quedado una armonía de lo más emotiva. Qué aburrido».

Riko apartó la vista del escenario y apuró su copa de vino de un trago.

«Justo ahora que me acaba de dejar mi novio, lo último que quiero es ver a una parejita feliz. ¿Por qué tiene que haber una boda justo ahora? Con las ganas que tengo yo de encerrarme en mi cuarto a llorar...»

En el escenario, la actuación llegaba a su clímax. Nobumitsu rodeó a Aki por los hombros y terminaron de cantar con las mejillas casi pegadas.

—Porque al final de este camino sinuoso... me aguarda el «yo» de aquel día con el que tanto soñé...

En cuanto vibró la última frase, estalló una ovación atronadora.

—¡Olé esa pareja!

—¡Menuda pasión!

Los amigos del novio —los mismos que habían planeado la encerrona— les lanzaban vítores de lo más manidos. Ya fuera por el alivio de haber salido airoso o por la culpa de haber dejado en evidencia a la novia, estaban especialmente

alborotados. Aunque el resultado final no fue exactamente el que pretendían, habían logrado que todo el salón fuera testigo de lo mucho que se querían. Al final, el desastre musical había jugado a su favor.

—¡Un fuerte aplauso para los novios! —pidió a los asistentes Kazuhiro Iwata, comercial de la editorial Hitotsuboshi y maestro de ceremonias—. La señorita Aki no solo destaca por su belleza, sino por una determinación en el trabajo que impone respeto a todo el equipo comercial. Parece bendecida por el cielo con dos o tres dones, pero no le quiso dar un cuarto: el don de la voz. El canto no es lo suyo, desde luego.

La sala estalló en carcajadas. Aki lucía una sonrisa de compromiso, pero se le notaba la tensión en el rostro.

—Sin embargo, en el escenario de la vida nunca se sabe qué puede pasar. A veces nos toca enfrentarnos a situaciones complicadas que sobrevienen de repente. Pero lo que es difícil en solitario, puede superarse si se afronta entre dos. Estoy seguro de que, cuando lleguen esos momentos, Nobumitsu estará ahí para sostener con firmeza a Aki, como ha hecho hoy.

Todas las miradas se centraron en Nobumitsu quien, algo abochornado, inclinó la cabeza ante los invitados.

—Por favor, no olvidéis nunca este día y seguid luchando juntos contra las tempestades de la vida. Un último aplauso para esta pareja que nos ha regalado una armonía tan especial.

Los aplausos arrancaron de nuevo. Nobumitsu rodeó por la cintura a Aki y saludó a los presentes con la mano. Junto a Aki, que seguía con el rostro algo tenso, Nobumitsu lucía una sonrisa de bobo de lo más radiante; se diría que se le iba a derretir la cara de felicidad.

«El marido ha quedado como un caballero, claro. Como para no estar contento. Ella, ya es otra historia», pensó Riko mientras sorbía más vino tinto.

«Me pone enferma ver a un hombre con esa cara de embobado. Me recuerda a la cara que puso aquel imbécil cuando me dijo que quería romper conmigo».

—Ha estado bien, ¿verdad? Cuando ha empezado a cantar Kitamura, no sabía cómo iba a acabar la cosa —comentó Takanori Nojima, el director de la librería, que estaba a su lado.

Aunque era cinco años mayor que Riko, Nojima conservaba un aire juvenil gracias a su físico delgado y a su pelo negro azabache. Tras años trabajando de cara al público, tenía esa amabilidad natural y tranquila de quien sabe tratar con cualquiera.

En el salón, dispuesto para un cóctel de pie, había mesas redondas repartidas aquí y allá, y en cada una se agrupaban conocidos. En la mesa de Riko se concentraba el equipo de la librería Pegasus.

—Lo de Obata ha sido increíble. No lo oía cantar desde aquella firma de libros, pero sigue teniendo una voz fantástica.

«Lo que no van a decir es que lo de Aki ha sido inaudible», pensó Riko.

—Ah, es verdad, aquella vez que fuimos todos al karaoke, ¿no?

El novio, Nobumitsu Obata, y la novia, Aki Kitamura, se conocieron hacía casi un año. Nobumitsu había acudido como editor responsable a una firma de libros del *mangaka*¹ Nao Agachi en la librería Pegasus. Aki, como jefa de la

1 Autor de cómics manga.

sección de cómics, fue la encargada de organizar el evento. Al terminar, fueron todos a celebrarlo con el autor. En la segunda parte de la fiesta, a petición de Agachi, terminaron en un karaoke, donde Nobumitsu lo dio todo cantando temas de anime.

«Aquel día ella también se negó rotundamente a cantar, por mucho que Obata insistiera. Me pregunto si él ya sabía que su mujer era tan negada para la música. Aunque, con lo loco que está por ella, seguro que hasta eso le parece adorable».

Nobumitsu seguía charlando con los invitados con aquella expresión de felicidad absoluta.

—Dicen que se van de luna de miel a Hawái. Qué envidia me dan —susurró Ryosuke Tsujii.

Tsujii, de unos treinta y tantos, era el jefe de la cuarta planta de Pegasus. Estaba bronceado todo el año y era un tipo espigado. Era de los que vivían para el ocio: en cuanto podía, se pedía vacaciones para escaparse al mar o a la montaña.

—En Hawái parece que se alojarán en el Halekulani. Aunque muchos turistas se quedan en el Sheraton o en el Royal Hawaiian, que también están en la zona de Waikiki —añadió Yoshio Hatakeda, siempre al tanto de todo—. Pero el Halekulani juega en otra liga. Es caro, pero la decoración es increíble y los restaurantes también. Sobre todo, el servicio es impecable.

Hatakeda soltaba datos irrelevantes como si hubiera estado en aquel hotel mil veces, pero Riko sabía que Hatakeda, un tacaño que odiaba viajar, no pondría un pie en Hawái ni en sueños. Y aunque así fuera, jamás pagaría un hotel de lujo. Seguro que lo había leído todo en internet.

Hatakeda tenía la misma edad que Tsujii y era el jefe de la quinta planta. Pero a diferencia de Tsujii, era bajito y rechoncho. En el trabajo siempre parecía estar medio

dormido, pero se le iluminaba la cara cada vez que tenía ocasión de sacar a relucir su repertorio de datos.

—Vaya, vaya... pero si está aquí todo el equipo de Pegasus, con el director y la subdirectora incluidos.

Una voz potente interrumpió la conversación.

—Hombre, Iwata. Nos ha encantado tu papel de maestro de ceremonias. Qué ingenio para improvisar; no sabía que tenías ese talento.

—Qué va, por favor. Me muero de la vergüenza —respondió Iwata, aunque se notaba que el halago de Riko le había llegado al alma.

Iwata era compañero de promoción del novio, Nobumitsu, y también trabajaba como comercial en Pegasus. Era un hombre de constitución atlética, ancho tanto de hombros como de cintura y, por si fuera poco, con una voz igual de potente.

—Hay muchísimo ambiente hoy —comentó Nojima.

Como no bebía alcohol, alzó su vaso de té *oolong* a modo de brindis hacia Iwata. Este le correspondió el gesto con su propia copa.

—Sí, parece que hay más de cien invitados. Obata se mueve mucho en el mundillo y Aki es muy querida entre los comerciales. He visto a gente de muchísimas editoriales por aquí.

—Es verdad. Hay mucha gente de Hitotsuboshi también. Casi parece que ha venido el departamento comercial entero.

—Bueno, casi... —dijo Iwata, conteniendo la risa—. El que no ha venido es el subdirector Shibata; está de viaje de negocios. Y eso que es el fan número uno de Aki. En la oficina corre el rumor de que no quería verla vestida de novia y se inventó el viaje para este día.

—Pero si Shibata se casó el mes pasado, ¿no? Con una chica diecisiete años más joven que él, de la Universidad

Seishin —intervino Hatakeda con otra de sus informaciones innecesarias.

Riko se preguntó cómo demonios habría averiguado dónde estudió la mujer. «Ya podría dedicar ese esfuerzo a algo más útil», pensó.

—Bueno, una cosa no quita la otra, ¿no? O a lo mejor no ha venido por respeto a su mujer.

No era un comentario especialmente jocoso, pero los hombres soltaron una carcajada unánime. «Ya están otra vez con lo mismo», pensó Riko. El tema de la joven esposa de Shibata era un clásico entre ellos; lo de los diecisiete años de diferencia parecía fascinarlos. Últimamente, los comerciales de Hitotsuboshi no hablaban de otra cosa.

—¿Así que hasta el «ogro» de Shibata tiene que andar con pies de plomo con su joven esposa? —comentó Nojima, bromista.

Incluso un hombre tan familiar como él parecía sentir envidia de tener una esposa joven. Riko no entendía esa obsesión de los hombres por la juventud.

—Pues sí. Desde que se casó, ya no hay quien lo saque de copas. El otro día tuvimos una reunión en Shinagawa y se fue directo a casa después. ¡Y eso que terminamos a las cinco de la tarde! Todavía era de día, ¿os lo podéis creer?

—Quién iba a decir que el que se autodenominaba «el rey de la noche» acabaría así. Se ve que está loquito por ella.

—Sí, y el otro día también pasó que...

Riko mantenía una sonrisa de cortesía, pero la historia de la joven recién casada le importaba un bledo. Mientras fingía escuchar, iba vaciando copas de vino una tras otra.

«Este no es tema para sacar delante de una soltera que ronda los cuarenta. Qué poca delicadeza tienen. Por eso no se comen un rosco con las jóvenes».

Riko despotricaba para sus adentros, pero ellos no se daban ni cuenta. Tras un buen rato dándole vueltas al tema de la esposa, Iwata reaccionó.

—¡Ay, vaya! Tengo que anunciar el siguiente número. Me vuelvo al micro.

Iwata regresó a toda prisa a su puesto y, por fin, se acabó la charla sobre la mujer de diecisiete años. Riko suspiró aliviada y se hizo con otra copa. En el escenario, los amigos de Nobumitsu seguían tocando, esta vez una balada suave.

—La verdad es que no esperaba que Kitamura se casara tan pronto —soltó de pronto Tsujii, que había estado callado hasta entonces.

—Llevaban saliendo solo seis meses, ¿no? —respondió Hatakeda.

Tsujii y Hatakeda eran muy distintos en físico y carácter, pero su edad los hacía congeniar. Solían ir juntos a todas partes, como hoy.

—La gente joven hoy en día va muy deprisa —comentó Riko—. O lo tienen todo muy claro, o cambian de pareja sin más. Van a lo que van y ya está.

«Aunque, bueno, lo de cambiar de pareja con facilidad no es solo cosa de jóvenes», pensó a continuación.

Riko tomó otro sorbo pensando en lo rápido que *ese hombre* había seguido adelante. Los hombres no dudaban cuando tenían claro lo que querían.

—Oye, oye, eso es exagerar, Nishioka. ¿No estarás algo achispada? —comentó Nojima, mediando, como siempre.

—Por un par de copas de vino no me voy a emborrachar. Además, lo de que Kitamura ha cambiado rápido de pareja lo pensamos todos, ¿o no?

Su tono denotaba claramente que había bebido de más. Nojima sacudió la cabeza hacia Tsujii y Hatakeda como diciendo: «ya la hemos perdido». Tsujii le devolvió una

mirada de resignación. Hatakeda, por su parte, mantuvo su habitual cara de póker.

—De verdad, Nishioka, te estás pasando con la bebida. ¿Qué te pasa hoy?

—Lo siento, quizá me he dejado llevar. Pero bueno, es verdad que las chicas de la librería están bastante indignadas. Fijaos que hoy no ha venido ninguna aparte de mí.

Antes de salir con Nobumitsu, Aki había estado saliendo con Takahiko Mita, un compañero de la librería. Pero en cuanto apareció Nobumitsu, Aki rompió con Mita. Todos los empleados estaban al tanto.

—Ah, ahora que lo dices, no veo a ninguna de las chicas. ¿Han faltado todas menos Nishioka?

—Mami Hagiwara estaba en la recepción —respondió Tsujii a la pregunta de Nojima, con su tono despreocupado de siempre.

Mami Hagiwara era una empleada a tiempo parcial encargada de la sección de libros de texto. Era la única mujer de la librería con la que Aki tenía una relación cercana. No solo estaba en la recepción, también figuraba como una de las organizadoras de la fiesta.

—Ah, es verdad, Hagiwara. Pero supongo que la invitación les llegó a todas, ¿no?

En el escenario, la banda se retiraba y comenzaban los preparativos para el siguiente número. Al parecer, una prima de Aki iba a tocar el arpa. Subieron el instrumento y la intérprete empezó a acomodarse.

—Bueno, sí, pero después de todo el drama, por mucho que quieran venir, para la mayoría será difícil presentarse aquí —comentó Tsujii.

Riko, aprovechando las palabras de Tsujii, soltó como quien no quiere la cosa:

—A todo esto, ¿le habrán enviado una invitación a Mita?